

Esferas de la experiencia adolescente. Por una nueva geometría de las representaciones intergeneracionales

Rafael Gagliano *

Este artículo propone entablar un diálogo entre las experiencias pasadas y presentes de la adolescencia y revisa, entre otros aspectos, su carácter de segundo nacimiento, el papel de los rituales en esa etapa y los modos de relación entre pares y con los adultos.

Este artículo intenta contribuir a enfocar, desde una perspectiva político pedagógica, algunas de las múltiples experiencias contemporáneas que configuran la subjetividad adolescente. La elección de la forma esfera obedece a una simpatía intelectual por su imagen geométrica; también, a su ductilidad para aceptar iluminaciones parciales que, a la postre, reconstruyen sus caras virtuales. Esos rostros imaginarios de la esfera adolescente, siempre provisorios, siempre en movimiento curvo en intersección con muchos otros, colaboran tanto en descondicionar la vieja mente adulta generacional como en aumentar la potencia cognitiva implícita en las nuevas representaciones intergeneracionales. Lo siguiente es un viaje narrativo por algunas facetas de la esfera.

Agasajar

La vida adolescente es vida nueva. Un renacimiento que demanda aprendizajes de bienvenida. Familias, escuelas y otras instituciones pueden y deben hacer lugar para ese segundo nacimiento. Si la primera natalidad resulta un acontecimiento único, que marca una diferencia en el mundo, la segunda implica, si se quiere, un esfuerzo adicional, una más compleja cultura afectiva e intelectual en la recepción porque se trata de un nacimiento consciente a una esfera de vida corporal, de sensibilidad y de pensamiento distante de la infantil. Dar la bienvenida a ese segundo nacimiento significa participar activamente en él. Si el primer nacimiento es dar a luz, el segundo atañe a revisar la luz de las herencias, cuestionar su pertinencia, preguntar, inquirir y hasta cambiar de luz. Los adolescentes no pueden estar solos en ese alumbramiento. No hay (re) nacimientos en soledad, extrañados del mundo y la sociedad de su época. En muchos sentidos, el nacimiento adolescente consiste en una natalidad social, una esfera –como campo o ámbito– donde se inscriben simbólicamente los nuevos socios de la comunidad histórica. De allí que una política pública para los adolescentes esté unida inseparablemente a una política para la infancia.

En el pasado argentino, muchos proyectos de país fueron posibles porque previamente se forjaron representaciones poderosas de la infancia y la adolescencia, eslabonándolas en la cadena de las generaciones.

Agasajar, dar la bienvenida, hacer lugar, ofrecer una silla a la mesa son todas actividades que involucran esfuerzos, tensiones, presupuestos, aprendizajes y reconocimientos. Toda política para adolescentes se inicia con su reconocimiento, con la aceptación incondicional por el esfuerzo de renacer y ser otro, conservando la memoria del que fue niño. Muchas adolescencias en la Argentina de hoy sencillamente no son reconocidas y los jóvenes atraviesan vidas devaluadas porque nadie los ve, nadie los inscribe y les hace pertenecer a un nosotros diverso y plural.

Una de las mayores humillaciones que puede padecer un ser humano en una etapa de reconstrucción generalizada de su identidad consiste en no encontrar una mirada continua que lo albergue, lo escuche y le pregunte, ¿vos, qué opinás?

La adolescencia es un sistema complejo de adioses, de dolorosas despedidas. Forma parte del agasajo por el nuevo nacimiento intentar distribuir saberes y poderes del duelo y la pérdida para transformar esa aflicción en conocimiento existencial y recursos de vida posible. Mientras asisten a la secundaria básica o al polimodal, los adolescentes recorren angustiantes corredores de un laberinto en el que, muchas veces, están absolutamente solos. Ahora bien, el adolescente debe decir adiós a los mundos de la infancia, de los padres y de las figuras simbólicas y tutelares: un adiós que conoce, una despedida fundada en el conocimiento, sólo es posible cuando aquel/aquello de quien nos separamos fue en su momento bienvenido. Es por eso crucial en todo agasajo reconectar con el primer nacimiento, sea para celebrar la primera llegada, sea para cicatrizar o restituir sentidos olvidados o nunca experimentados. Muchos adultos conocemos los ingredientes individuales de la cocina adolescente, pero carecemos de los saberes complejos sobre los modos de su cocción, de los guiones de vida resultantes de la interacción personal con las gramáticas generacionales.

Historia

La adolescencia es una categoría social con historia. Todo segundo nacimiento implica una ruptura, un cuestionamiento severo de las formas recibidas. Los adolescentes han tenido que abrirse como sujeto colectivo a fuerza de habitar históricamente el presente. En nuestro país, podemos hablar de una historia que los tiene como protagonistas desde hace cien años aproximadamente. No hubo adolescencia en los siglos anteriores al siglo xx porque las sociedades no hacían lugar a la experiencia adolescente. Su diferencia resultaba tan disruptiva económica y simbólicamente que la niñez se hilvanaba en la dura urdimbre de la adultez temprana. Es propio de las sociedades modernas, involucradas en procesos de democratización política y social, albergar en forma creciente la experiencia adolescente como espacio de nueva subjetividad entre la infancia y la vida adulta. Esa conquista de creación de la edad no es una concesión graciosa del poder estatal: resultó de una larga lucha por los derechos y el reconocimiento de su voz colectiva y singular. Como toda historia, continúa en el presente con la misma fuerza de sus orígenes.

Recuperar las construcciones pretéritas de vida adolescente puede y debe iluminar los itinerarios y travesías actuales. Ese largo siglo de historia de la adolescencia en la Argentina está casi totalmente ignorado y

sepultado en el olvido. La escuela pública tiene un compromiso serio en rescatar esos derroteros para poner en contexto y perspectiva los vínculos inter/intrageracionales del presente. Hay una historia rica y valiosa de los adolescentes en nuestro país que se encuentra escamoteada, interdicta o sencillamente ignorada conscientemente. La experiencia de hoy puede hacerse más pregnante y densa en significado a la luz del humus nutricional de las generaciones de adolescentes que vivieron las décadas del siglo xx . Por contraste, continuidad, resignificación o ruptura esas historias deben entrar en diálogo con el presente, debatirse e historizarse. Sucede que dicha memoria no está narrada en los libros y, si lo está, es por excepción. La historia de la adolescencia en la Argentina es básicamente una memoria viva, presente en los recuerdos de las generaciones adultas contemporáneas.

Hay un almacén experiencial y convivencial que visitar, escuchar, con el cual discutir y re-hermanarse. La historia nacional, la historia de la provincia de Buenos Aires y la de cada ciudad y pueblo dispone de recursos dormidos en la memoria de los sujetos, movilizables y recuperables en los contextos institucionales que albergan, educan, entretienen y forman a las nuevas generaciones de adolescentes.

Hay adolescencias recónditas a las que la escuela de los adolescentes de hoy puede entrevistar, reconociendo sus portadores como producto de los horizontes de vida y derechos de cada época y contexto. Generar talleres de escritura para recuperar esas memorias de adolescentes del pasado reciente o lejano puede resignificar la palabra situada del otro ante desafíos de vida similares.

Educar a un niño o a un adolescente requiere del esfuerzo empático de muchos otros. Entramar las experiencias de los adolescentes de hoy con las narrativas de las generaciones que les precedieron acolcha el impacto de los duros encuentros con la realidad del presente y multiplica las posibilidades de elección y decisión personales en la esfera pública de una historia larga forjada por muchas voces generacionales. Si toda subjetividad sana se construye en la tensión de interdicciones e identificaciones, el encuentro vivo con las adolescencias de las generaciones anteriores suministra respuestas fascinantes y únicas a la pregunta “¿a quién quisieras parecer?”. Cuando una sociedad sólo tiene a las estrellas mediáticas del espectáculo o del deporte para identificarse, empobrece abismalmente la vida de las generaciones jóvenes. La escuela pública puede y debe desplegar un repertorio igualmente cautivante de identificaciones de vida y de trabajo.

La escuela no debe olvidar que hace adolescencia tanto como la familia, los medios masivos o las lógicas de la industria cultural del mercado. Muchos jóvenes de los sectores populares no tendrían adolescencia alguna si en su barrio no hubiera una escuela –animada por docentes comprometidos en su trabajo intergeneracional– que los reconozca, albergue y forme.

No tenemos conocimiento sistemático y confiable acerca de los modos en que se representaron las adolescencias de generaciones anteriores y cómo estas idealizan, rechazan o dialogan con las actuales. A muchos adolescentes de hoy les interesa saber cómo fueron las adolescencias de sus padres o abuelos: forma parte de la herencia simbólica conocer esos acervos porque ellos mismos fueron concebidos bajo el horizonte de sentido, amor y responsabilidad de las adolescencias de las generaciones anteriores. Abrirse a la historia conjetural de esas narrativas enriquece, con historia viva, las experiencias del presente. Qué fue lo central, lo crucial para cada generación no es un objeto claro para los sujetos que atravesaron ese abanico de experiencias.

Un programa de bienestar adolescente, que incluya la realización de foros intergeneracionales, ayudaría de modo contundente a revisar y ponderar los valores que cada generación de adolescentes tuvo para incluir o excluir, celebrar y criticar, comprometerse o claudicar, trabajar o estudiar, comprender o ignorar. Estos foros marcarían una señal política de interés vivo por las nuevas generaciones involucrando al conjunto en un reconocimiento plural de las diferencias juveniles. En verdad, podrían constituirse en un ejercicio público de tolerancia histórica. Muchos secretos generacionales encontrarían cauce para su emergencia, transformados ahora en un capital cultural para el colectivo intergeneracional que lo elabora.

Los foros intergeneracionales –celebrados en la escuela o en otras instituciones de la comunidad– pueden erigirse en la esfera propicia para que el lenguaje de cada época pueda confrontarse, argumentarse y desmentirse públicamente, con el objeto de impedir que su fuerza representacional se coagule en metáforas enduidas y en estereotipos mentales transmitidos, sin balance de inventario, a la siguiente generación. La agenda de los foros podría ser infinita: recorrería desde las posibilidades y las restricciones de hacer adolescencia en cada época, las formas de enamorarse, noviar y acceder a la vida sexual; los compromisos políticos, la cultura popular y los libros, las lecturas de comics, la música, el cine, modas y estéticas, el acceso tecnológico, el mundo del trabajo, la delincuencia, los límites de la vida familiar, la disciplina escolar, la autoridad de los adultos, dictaduras y sociedad civil, entre tantísimos posibles.

Hay un drapeado de historia y memoria adolescente que resulta imperioso desplegar.

Rituales

Liberar los rituales de su pasado crítico fundado en el esclerosamiento de comportamientos y rememoraciones vacías de significado es el fruto de la revolución cultural y de las costumbres de los años sesenta y setenta. El abandono de los rituales aplicados como norma disciplinaria e ininteligibles para la sensibilidad de las nuevas generaciones contribuyó a recuperar capacidades para pensar nuevas articulaciones de forma y contenido para viejos y nuevos rituales. Sin rituales, se sabe, la vida pierde sus pulsaciones y compacta y homogeniza las múltiples experiencias humanas.

La escuela pública por la que transitan a diario cientos de miles de niños y adolescentes necesita recuperar momentos de alta densidad ritual. Sabernos miembros de una comunidad histórica nacional, provincial y local tiene momentos de celebración y recuerdos colectivos que nunca podemos olvidar o vaciar de sentido. ¿Cómo llegar a los encuentros de los momentos ritualizados de la historia patria desde las prácticas pequeñas pero poderosas en sentido para la subjetividad de los estudiantes? Aquí se abre un mundo a explorar y experimentar: se pueden ritualizar los tránsitos de las edades tanto como las prácticas satisfactorias de aprendizaje, los frutos de las competencias leales y los esfuerzos de la cooperación, los puentes de un ciclo de aprendizaje a otro, los productos del trabajo manual o intelectual, los encuentros intra o intergeneracionales, las alianzas sinérgicas con chicos de diferentes capacidades, con las voces del cuerpo –su poder, su magia, su deseo–. Los rituales pueden detener el tiempo en el que el cuerpo le enseña a bailar a la mente y esta induce a que el cuerpo piense.

Resulta imprescindible que los aprendizajes dejen marcas ritualizadas, que encuentren una voz lenta que los proteja de la aceleración del tiempo existencial de base tecnológica. Lo humano, lo propiamente humano, se forja también en esos intersticios.

Los rituales escenifican momentos valiosos que se hacen memoria y legado. Cuando son el producto de un trabajo colectivo, están informados por el conocimiento, el estudio y la alegría de vivir juntos.

Los rituales no sustituyen la transmisión de la cultura ni debilitan la construcción del conocimiento cotidiano: sólo resignifican experiencias valiosas, ponderándolas en ámbito colectivo.

Llegar a estos momentos rituales no es monopolio del mundo de los adultos: es el fruto maduro de una negociación privilegiada de significados desplegados en el encuentro intergeneracional. Se dan cita allí una nueva geometría de las pasiones y sensibilidades epocales. ¿Cómo acordar los momentos, las situaciones, las fechas que dejan marcas de aprendizaje perdurable y activan la memoria personal y colectiva?

La experiencia adolescente es un campo fértil para ritualizar aprendizajes en múltiples registros. Los rituales pueden abrir las herencias cerradas, celebrar los itinerarios del esfuerzo y el apasionamiento por las artes o las ciencias, por el trabajo y la amistad, por los logros y los desafíos cumplidos, por el deporte y el voluntariado; también, ayudar a comprender el dolor y sufrimiento por las pérdidas, recuperando los duelos que pasan sin dejar huella al no poder ser ritualizados frente a otros. De ninguna manera, el ritual se asocia con indulgencias propias de un mundo sin contacto con la vida exterior; por el contrario, un ritual eficaz desinfla la burbuja de los mundos endogámicos y autocomplacientes. Los rituales permiten articular las experiencias de aprendizaje y convivencia con los límites y posibilidades del mundo real.

Desde los momentos ritualizados se puede acceder a una comprensión más integrada del respeto al plexo normativo que funda la comunidad. Sin embargo, esa integración no es lineal y contiene todas las contradicciones que dinamizan la historia. Todo ritual produce su propio y pequeño campo normativo en sintonía o conflicto explícito con las normas estructurales de la sociedad mayor: este es un ámbito desafiante para el trabajo docente ya que la escena ritual conserva e innova simultáneamente, haciendo que significaciones tradicionales resuenen con nuevos sentidos de época. El ritual anuda tiempos, esferas de vida y aprendizajes de fuentes diversas.

El devenir autopoiético de la escena ritual ajusta su propio campo de valor y da sentido a vidas adolescentes que no encuentran espacios colectivos para compartir marcas de identidad y aprendizaje. La imposibilidad de habilitar rituales eficaces por la comunidad educativa aumenta el borramiento inexorable e impiadoso de las identidades adolescentes.

La trama social lacerada de nuestros días demanda una confluencia de esfuerzos y capacidades interinstitucionales y humanas para devolverle al adolescente la reserva de valor y poder presente en el conocimiento, la ciencia y el aprendizaje social ritualizado. Es en la escena ritual, como espacio intergeneracional, donde pueden restituirse los contenidos de una justicia simbólica posible, social y educativa, entre generaciones. El ritual reintegra acervos intangibles, riquezas de un orden tan contundente como los bienes de la cultura material.

La música, en cuya lógica han nacido las últimas generaciones de adolescentes, ha de constituirse en el corazón de toda experiencia ritual. La experiencia musical crea un espacio de comunicación, expresión e identidad donde inscribirse generacionalmente. Para los adolescentes, la cultura escolar, con su gramática disciplinar y disciplinaria, conforma la experiencia más antimusical que se pueda concebir. Siendo un saber profundamente emocional, está estrechamente vinculado a los latidos del cuerpo, percibido por los jóvenes como un instrumento musical, esto es, como un campo de resonancias. Recuperar el ritmo musical de las comunidades de trabajo y aprendizaje vividos en la escuela constituye una posibilidad de unir lenguajes, anudar la palabra, la melodía y el cuerpo en la escena ritual. La escuela, con su memoria de centurias, puede hacer recordar los cantos de trabajo que han acompañado por siglos las vidas de campesinos, artesanos y obreros.

Origami

Pensar origami ayuda metafóricamente a comprender los pliegues y repliegues de nuestra cultura. Desplegar el espacio donde puedan inscribirse las experiencias adolescentes redundando en la construcción de figuras en que reconocerse. Es posible estrujar un papel y tornarlo inservible para todo uso y también esas mismas manos pueden pensar origami. Hacerlo implica ver lo posible en lo real, y abrirse a lo posible, lo alternativo, nunca se agota. Hay un mundo implicado que la escuela necesita explicar, hacerlo público. Hay muchas figuras que no emergen y están ahí, implícitas, aguardando encuentros más apasionados. Ver por anticipado las figuras de lo posible forma parte del entrenamiento del pensar origami. Las manos y el papel están unidos en un único movimiento de realización creativa. La escuela tiene una herencia y no puede rehuir su construcción. Pensar en origami implica conducir el proceso educativo, hacerse responsable como adultos del orden de la prescripción, de la norma y del límite donde lo posible y lo actual arman la mejor forma posible para nuestro tiempo y nuestra época. Muchas experiencias del pasado devinieron papeles estrujados; no hubo encuentro intergeneracional que devolviese alas y raíces a los nuevos sujetos generacionales. Esos papeles estrujados de ayer constituyen los presentes clausurados de hoy.

En cada momento histórico hay un repertorio finito de posibilidades identitarias. Las del presente se encuentran en estado de fluidez, sumidas en cambio y dispersión acelerada. La escuela pública no puede dejar de indagar en las configuraciones identitarias de esta época para que la experiencia adolescente pueda ser pensada y elaborada en contextos de reconocimiento y tolerancia. No hacerlo equivale a dejar de imaginar, sentir y reflexionar, desplazando a las jóvenes generaciones a zonas de sobrevivencia peligrosa. Muchos adolescentes no saben si van a una escuela primaria o a una secundaria básica o general: el efecto perturbador en familias, docentes y estudiantes resulta de consecuencias imprevisibles. La actual rearticulación de la estructura formal del sistema educativo, en la provincia de Buenos Aires, intenta con fundamento recuperar identidad y pertinencia en la educación de los adolescentes.

Los saberes del estar y del conectar

La mayoría de los adolescentes no reniegan de la escuela. Por el contrario, reivindican el gusto por estar en ella. “Me hace bien ir a la escuela”, afirman convencidos. En ese estar que hacen suyo pueden ser.

Las viejas generaciones tenían conflictos de identidad relacionados con la pretensión de ser, de afirmarse en recortes existenciales de sustantiva definición esencialista. Los adolescentes de hoy prefieren estar, estar juntos, estar bien o estar mal pero estar allí. Y ese allí es, también, la escuela. La escuela pública les permite estar conectados, reconocerse en un estar-siendo. Esa manera de habitar el tiempo y el espacio les da pertenencia, seguridad, confianza. No es un estar quieto, fijo e inmutable: la identidad del estar adolescente es la de un estar de viaje, un éxodo hacia un lugar que no sabemos de antemano. La comunidad educativa es el espacio donde están las personas que muestran y comparten herencias colectivas, saberes que permiten seguir conociendo. Las identidades del estar importan por su centralidad en la experiencia adolescente. Si no pudieran estar en la escuela, muchos adolescentes serían devorados por los múltiples mundos de la vida ilegal, marginal y violenta. Violencia difusa o explícita que los tiene casi siempre como víctimas y no como victimarios.

Es posible saber primero dónde estamos y, si pisamos tierra firme, averiguar quiénes somos. El adolescente elige dónde estar por las posibilidades que todo puerto ofrece para imaginar identidades desde orillas conocidas. Cuando habitamos el estar, leemos ambientes, aprendemos de las situaciones, contextos e indicios presentes en las circunstancias del estar.

La escuela es la única institución pública donde nadie está de más. En eso consiste la inclusión total: ingresar, permanecer y egresar haciendo del estar una experiencia dialogada de conocimiento.

En la escuela, podemos estar en los otros y los otros en uno. Es un estar de subjetividad compleja, polifónica e inestable. Un estar inestable. Estar en nosotros favorece la reflexividad de la vida cotidiana, reduce el aturdimiento provocado por la pobreza generalizada y la crueldad social. Estar en nosotros es ayudar a serenarnos y recuperar alteridad. La vieja escuela preocupada por la identidad, por el ser alguien, entendía el estar como estar sobre uno y así desplegaba jerarquías que oprimían cualquier florecimiento genuino. Muchos florecían pero practicando resistencias de alto costo individual y colectivo. Evitar el estar sobre constituye la posibilidad de liberar la voz mucho tiempo silenciada. El estar en la escuela permite organizar simbólicamente las experiencias y significarlas en una biografía personal y generacional.

Desde los saberes del estar surgen los conocimientos de la conexión. Desde ellos, muchos adolescentes vinculan necesidades con recursos, recursos técnicos con situaciones específicas, conocimientos con problemas. Son los conectores juveniles presentes en todas las instituciones los que están cambiando las caras de la solidaridad y del encuentro entre la escuela y la comunidad educadora. Los futuros siguen tan abiertos como siempre.

* Licenciado en Letras y Profesor de Historia. Docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires. Director ejecutivo de la asociación civil Alternativas Pedagógicas y Prospectiva en América Latina (Appeal). Asesor del Director General de Cultura y Educación de la provincia de Buenos Aires.